

Clausura del curso de verano “Perspectivas y desafíos de la Agenda 2030”

Juan Carlos Moreno Piñero

Director Fundación Academia Europea e Iberoamericana de Yuste

En mi intervención del miércoles, en el acto de apertura de este curso, afirmé que el objetivo de los 17 ODS y sus 169 metas no es otro que transformar el mundo. Dicho así, la propuesta queda incompleta: transformar sí, pero... ¿en qué sentido? Hemos conocido transformaciones de la Humanidad que mejor olvidar, siempre que el olvido no abarque también a las víctimas de tantos movimientos bélicos y excluyentes que han existido a lo largo de la Historia, a quienes debemos perpetua memoria.

Tampoco nos vale la genérica afirmación de que la transformación es para mejorar. Este curso nos ha ayudado a perfilar en qué consiste la pretendida mejora, el destino final de los ODS: no hay más horizonte que conseguir un mundo universal regido por el respeto a la dignidad de todas las personas y que se reconozcan los derechos humanos.

Quiero centrarme en el respeto a los derechos humanos como compendio de las metas de los ODS. No podemos olvidar que ahora mismo, en cualquier rincón del mundo, seguramente a pocas horas de avión desde aquí, se continúa viviendo como siempre se ha vivido, o sea, que se continúa muriendo como siempre se ha muerto: con las armas en la mano o con el estómago vacío o por la represión institucional o víctima de la violencia machista. En muchos lugares del mundo que por conocidos es innecesario enumerar, hay países que siguen alimentándose con el recuerdo de los crímenes del enemigo, ignorando los propios crímenes. Situaciones de injusticia muchas veces propiciadas por el mal que combate el ODS nº 1. No podemos olvidar que la pobreza priva a millones de personas de sus derechos fundamentales.



Los datos proporcionados por INTERMÓN-OXFAM son demoledores: un puñado de personas, menos de 70, poseen una riqueza superior que la de la mitad de la Humanidad, 3.500 millones de personas y 800 millones de personas pasan hambre en el mundo.

En EEUU se tolera la más injusta distribución de riqueza que imaginarse pueda y con la Administración Trump, las esperanzadoras reformas sociales de Obama han caído en el olvido: sin un sistema de protección social público, millones de americanos están condenados al sufrimiento y a la muerte; otros muchos quedarán terriblemente desamparados al perder su trabajo o al envejecer. ¿Qué podemos esperar de una Administración que repudia a la Madre Tierra retirándose del Acuerdo de París contra el cambio climático?

En Rusia y en China viven nuevos ricos que acumulan fortunas inimaginables, incluso obscenas. La palabra *ruso* se está convirtiendo en sinónimo de rico sin límites y a veces también sin escrúpulos.

India crece al 7,6% anual pero tiene 400 millones de habitantes en pobreza extrema, y 13 millones de niños mendicantes.

La Carta de las Naciones Unidas comienza diciendo: “Nosotros los pueblos de las Naciones Unidas resueltos a preservar a las generaciones futuras del flagelo de la guerra que en dos veces durante nuestra vida han infligido a la Humanidad sufrimientos indecibles...”, y continúa con otros propósitos en los que podemos ver reflejados gran parte de los ODS. Recordemos que la Carta es de 26 de junio de 1945. Antes de ayer cumplió 74 años. ¿Realmente hemos avanzado algo...?

La comunidad internacional en alguna ocasión ha manifestado que “nuestro país es el Planeta”, pero no necesito muchos argumentos para convencerlos de que estamos muy lejos de este aserto y muy lejos de un *totus orbis* que preserve la dignidad de

todos porque cada víctima de la barbarie mancilla al ser humano, por más que cuanto más lejana sea la procedencia de una víctima, más indiferente nos resulte.

Por el contrario, el Planeta asiste a una bipolarización cada vez mayor a raíz de dos desigualdades básicas: la desigualdad del poder político y la desigualdad del poder económico; ambas ahondan el foso que separa a los ricos de los pobres.

Vivimos en un mundo extraño en el que lejos de encaminarnos al deseado orden internacional vivimos en un escenario presidido por la globalización, un complejo fenómeno multidimensional que se caracteriza por la liberalización del comercio internacional, el aumento de la competencia de los mercados globales, la expansión de las inversiones extranjeras directas y la aparición de masivos flujos financieros transfronterizos. Todo ello provoca un desorden, un caos, inclusive, establecido y casi comúnmente aceptado que legitima las diferencias entre ricos y pobres, atribuyendo a los poderosos la facultad de perpetuar su superioridad limitando consecuentemente, y de forma coactiva, los horizontes físicos, culturales y económicos de los dominados.

El respeto a los derechos humanos, como meta a la que aspiramos y como esencia de los ODS, implica una sociedad cohesionada en la diversidad, respetuosa con la discrepancia, integradora con la discapacidad y firme en la preservación de los valores que han de ser comunes a todos: la democracia, la libertad, la igualdad y la solidaridad; una sociedad en la que imperen la justicia y la no discriminación; en la que se respeten las razas, la diversidad cultural y religiosa; un mundo que posibilite el acceso equitativo, inclusivo y universal a una educación de calidad.

No se puede ignorar que para ir logrando ese ambicioso plan mundial se requieran fuertes convicciones éticas, muchos y costosos recursos y empeños orientados hacia un bien común mundial, un modo de entender la economía y el progreso que tenga en cuenta de manera prioritaria el valor central de cada ser humano y ponga énfasis en el sentido humano de la ecología, la erradicación de la cultura del descarte, la decisión de aplicar la innovación a resolver los problemas acuciantes de los seres humanos más vulnerables y de las zonas más arrasadas del planeta; una sociedad dispuesta a cambiar el sistema económico imperante.

Esta meta la tenemos establecida para el año 2030. Al respecto hago dos observaciones. Una ya apuntada anteriormente: la Carta de las Naciones Unidas es de 1945 y sigue siendo casi una mera declaración de intenciones. Ni se ha promovido el progreso social, ni se ha elevado el nivel de vida dentro de un concepto más amplio de la libertad, ni se han unido fuerzas para el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales, ni se ha empleado un mecanismo internacional para promover el progreso económico y social de todos los pueblos.

Segunda reflexión, que ya hizo en la inauguración el Prof. Rodríguez Barrigón: hemos acuñado el término 20-30 como trasposición del término inglés "twenty-thirty", pero si lo pasamos a nuestro lenguaje cotidiano, estamos hablando del año 2.030. Sólo quedan 11 años, escasos, muy poco tiempo.

No creáis, pese a mis palabras, que vivo anclado en el pesimismo sobre el futuro. Soy optimista siempre que consideremos que optimismo es el convencimiento de que el esfuerzo da necesariamente sus frutos. Creo firmemente en que todos los hombres y mujeres, sea cual sea su raza, su credo, su religión, sus creencias, son igualmente dignos pero para que eso sea así, para una “igual dignidad”, hemos de recordar cada día que el porvenir está por hacer. En expresión del escritor argentino Ernesto Sábato, “hay una manera de contribuir a la protección de la Humanidad y es no resignarse”.

Quiero creer que todo ser humano está dotado de una inagotable capacidad creadora y que todo ser humano, cada uno de los que estamos hoy aquí, estamos dotados de la locura de la capacidad creadora, y que cada uno de nosotros, de todos y cada uno de cuantos estamos aquí, somos seres únicos, capaces de pensar, de imaginar, de amar, de sufrir, de crear y también de anticiparnos al futuro. Que cada mañana no tengamos la necesidad de decir aquellas bellas palabras de Rigoberta Menchú: “perdona, amanecer, por no haberte recibido como mereces”.

Concluyo: han sido tres días intensos pero insuficientes. Hoy no acaba nada, hoy empieza mucho. La tarea es titánica. A partir de mañana, a seguir trabajando y a reivindicar nuestro papel como agentes de un cambio necesario. Por ello no me resisto a concluir citando, una vez más, los versos de Gabriel Celaya:

¡A la calle! Que ya es hora
De pasearnos cuerpo a cuerpo
Y mostrar que, pues vivimos, anunciamos algo nuevo.

Muchas gracias y feliz regreso a vuestras casas.

